

INSPIRACIÓN DE JESUCRISTO



SANTOS Y MÁRTIRES DE NUESTRO DIOS PADRE YAHVEH

6

Hno. Alfredo Medrano
Discípulo Misionero de Jesucristo

ESTE LIBRO SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE

VIDA DE SANTOS Y MÁRTIRES CRISTIANOS

Durante la era cristiana, por la mala creencia y defectuosa enseñanza de los sumos pontífices, obispos y sacerdotes, millones de hombres y mujeres en la Iglesia Católica cayeron en el error de hacer e idolatrar imágenes de los santos y mártires cristianos.

Muchos todavía continúan idolatrando las inertes imágenes, sin importarles su error y consecuencia; muchos dicen no idolatrar las imágenes, sino venerar a los santos. Lo cierto es que la inmensa mayoría desconoce la vida de los santos y mártires, y mucho menos han asumido y practicado su enseñanza religiosa.

Desgraciadamente, los comerciantes católicos utilizan las fiestas patronales e imágenes de los santos y mártires, para hacer negocios y ganar dinero. También los comerciantes protestantes aprovechan las imágenes y fiestas de los pueblos, para ganar dinero.

Los santos y mártires no ofrendan su vida para que hagan imágenes y las idolatren, ni mucho menos para que los comerciantes ganen dinero utilizando inanimadas imágenes y falsas creencias.

Los santos y mártires ofrendan su vida por amor a Dios y al prójimo, por la salvación de las almas. Monseñor Romero nunca deseó ser mártir y santo para que hicieran imágenes y las idolatrasen, sino para liberar y salvar las almas de los pobres que son estafados y asesinados por los insaciables amantes del dinero y la vanagloria.

El testimonio de vida de los santos y mártires, es un valioso tesoro guardado por nuestra Santa Iglesia Católica, para la común salvación de las almas. Para honra y gloria de Dios, por el bien de la humanidad y salvación de las almas, los santos y mártires nos han dado a conocer el verdadero espíritu cristiano y sus divinas bondades.

EDICIONES EVANGÉLICAS MONSEÑOR ROMERO

Hno. José Alfredo Medrano Medrano
Editorial Inspiración de Jesucristo
www.amordecristo.net

Primera Edición SV: Noviembre 2012

Derechos reservados conforme a la propiedad intelectual

SANTOS Y MÁRTIRES DE NUESTRO DIOS PADRE YAHVEH

Por voluntad de nuestro Dios Padre Yahveh, nuestro Señor Jesucristo vendrá a juzgar nuestra fe y religiosidad. Nuestros hermanos santos y mártires nos han enseñado el camino de salvación, el amor a Dios y a nuestros hermanos pobres y desamparados. Las siguientes homilías nos enseñan el verdadero camino de salvación.

HOMILIA SOBRE SAN MARTIN DE PORRES

Fray Lino Dolan, O.P.

Para ser santo, es preciso ser humano; para ser humano, es indispensable ser sensible y tierno. Y, precisamente, en su ternura hacia todos los pobres y su sensibilidad frente al sufrimiento de los más débiles, se radica la innegable atractividad de la santidad de Martín de Porres.

Hablar de la vida de Fray Martín es hablar del evangelio, ya no en el abstracto sino viviente y puesto en práctica; es ponernos frente a frente a la escenificación histórica de las Bienaventuranzas pronunciadas por Jesús; es descubrir el mandamiento del amor a Dios y al prójimo encarnado en una forma extraordinaria.

La historia del mulato querido de Lima no deja de fascinarnos porque, en cierto sentido, contradice todo lo que la sociedad de aquel entonces, y la nuestra hasta el día de hoy, juzgan como signos del valor social de una

persona: buena apariencia, buen apellido y buena posición social y económica. Este hombre, a quien rendimos homenaje hoy y a quien elevamos nuestras plegarias, nació con todas las desventajas sociales imaginables en aquella época: hijo ilegítimo de un hidalgo español, Juan de Porras, y su concubina negra, Ana Velásquez. Los prejuicios que producen la discriminación racial y social fueron tan fuertes, o más, en la Lima de 1579, que son actualmente, aunque ciertamente persisten. Pero es este hombre, vergüenza de su padre y privado del amor materno desde una edad muy tierna, que supo responder al amor divino y poner en práctica plenamente la Palabra de Dios.

Desde temprana edad, descubrió y vivió los valores del Reino, anunciados por Cristo en el Sermón de la Montaña, que parten de la confianza incuestionable en Dios, y buscan su fin solamente en Él, a través de la práctica del amor a los demás.

Reflexionar sobre la vida de Fray Martín, entonces, nos cuestiona profundamente, porque en ella, encontramos en forma viva y dinámica los valores que nuestro mundo ha perdido y que, nosotros, los cristianos, en toda época, tenemos que manifestar para que el evangelio no pierda su credibilidad. Somos, como él, hombres y mujeres del mundo, llamados a ser hombres y mujeres de Dios, sin dejar de ser plenamente humanos; como él, hemos sido amados intensamente por Dios para poder amar intensamente a todos nuestros hermanos; como él, hemos sido llamados a ser santos.

Desde los 8 hasta los 15 años, el niño mulato, separado de su madre y de su hermanita, Juana, fue encargado en la casa de una mujer que, nos dicen los historiadores, fue “honestista y muy cristiana”, Doña Isabel García. Allí, en esta casa al borde del Río Rimac, en el barrio de Malambo, aprendió a amar a los pobres y marginados. Este fue el barrio de los negros que esperaban ser vendidos como esclavos, de los indios y mestizos, de los españoles pobres; en fin, el barrio de los que vivían al margen de la sociedad colonial. Fue allí que el niño Martín sentía el rechazo de los hombres y aprendió a poner su confianza solamente en Dios.

Este niño, que de día trabajaba como aprendiz, primero de boticario y después de barbero, pasaba la noche en oración ferviente ante la imagen del Señor crucificado, como consta en el testimonio de su canonización. Y fue en esa misma época que recibió el Sacramento de fortaleza y militancia cristiana, la Confirmación, por la imposición de las manos del santo varón, Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima.

Una vez más, se comprueba la predilección de Dios para los pobres y, no cabe duda, que no había nadie más pobre que Martín de Porres: el era, por excelencia, uno de los pequeños del Señor. A los 15 años, se presentó al Convento de los dominicos, animado, sin duda, por haber escuchado diariamente, no solamente las campanas sonoras del templo del Santísimo Rosario, sino también las voces de los frailes en su rezo nocturno de maitines, que fácilmente llegaban a sus oídos en su cama al otro lado del Rimac. Fue así que descubrió que su condición de ser ilegítimo le exclu-

yó de la posibilidad de ser “fraile de misa”, o sacerdote, y el hecho de ser mulato - hijo de español y negra - determinó que ni siquiera podía ser hermano cooperador. Frente a este hecho, “se donó” al convento y entró a la vida religiosa como “donado”, el último de los últimos. Desde el principio de su vida hasta el final de ella, Martín fue un ejemplo encarnado de aquella bienaventuranza anunciada por Cristo para todos los últimos de esta tierra, que aprenden a poner su confianza en Dios: Bienaventurados los pobres del espíritu, porque de ellos es el Reino de Dios.

Martín entró en la Orden de Predicadores y verdaderamente, predicó el evangelio, no con palabras desde un púlpito sino con la práctica diaria de las enseñanzas de Jesús. Aceptó su situación social, no con la resignación de los débiles de carácter sino con la fortaleza de los mansos de corazón. Frente a los prejuicios raciales y palabras hirientes de sus hermanos, Martín mantuvo un silencio respetuoso. El eco de la bienaventuranza que promete la herencia de la tierra prometida a los mansos y humildes de corazón suena en nuestros oídos al recordar las palabras de agradecimiento pronunciadas por el modesto donado del convento cuando fue humillado y mortificado por su superior: «Ahora conozco el buen celo de su Paternidad, del mucho amor que me tiene, pues trata a este perro mulato como merece». ¿Quién puede dudar que en estas oportunidades, recordaba las palabras de Jesús mismo: «Aprenden de mí que soy paciente de corazón y humilde».

Fray Martín, a toda apariencia, fue siempre alegre y nunca se le vió alterado. Sin embargo, su amor para los

pobres fue tal que se dolía y se entristecía cuando alguno llegaba y no tenía que darle. Prefería quedarse sin nada él mismo antes de ver a un pobre hambriento salir de la dispensa sin comer. Y justamente esta es la tristeza de que nos habla la bienaventuranza y que merecerá el consuelo divino. Si Martín se afligía, no fue por lo que le hiciera a él sino porque no quería ver a nadie más sufriendo.

Los cronistas nos cuentan que el vivía «siempre con una sed insaciable de obrar mucho en el servicio de Dios». Abundan los testimonios de sus contemporáneos que nos dicen que fue conocido como el «hombre santo» y «santo y justo y amigo de Dios». Y esto es exactamente el sentido de la bienaventuranza que nos dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Martín fue ardiente en su deseo de cumplir con Dios y con su prójimo; fue celoso en su afán de despertar el amor de Dios en todos con quien venía en contacto. Cumplir la voluntad de Dios es la fuente de toda justificación. Era, como San José, un hombre justo, un santo varón.

Sin duda, nuestro santo es más conocido por sus obras de misericordia: atento a los pobres, cuidando a los enfermos, aconsejando a todos que lo buscaban. Como Jesús, vió que la gente andaba como si no tuvieron pastor, hambriento de pan y de Dios, y tenía compasión de ellos. Sufría con todos y cada uno de aquellos que padecía debido a su indigencia o su situación social y respondió a cada situación, imitando a Dios mismo quien es rico en misericordia, como cantamos tantas veces en los salmos.

Decir que alguien es “limpio de corazón” es decir que tiene un corazón sin doblez, que es totalmente transparente; en otras palabras, que vive lo que cree, que hay coherencia entre fe y vida, como han dicho nuestros Obispos en la Conferencia Episcopal de Santo Domingo. La sencillez y honestidad de Martín fue evidente a todos los que lo conocieron. No hacía las cosas para impresionar a nadie, ni sus actos de caridad, ni su oración intensa, ni el cumplimiento de las observancias conventuales; cumplía porque se había comprometido en sus votos a ser fiel a la voluntad de Dios. No tenía segundas intenciones ni agenda secreta. Tenía el corazón puro y las manos limpias. De él, como de Nataniel, Jesús podría decir: «Ahí viene un verdadero Israelita de corazón sencillo».

Que también fue pacificador, como nos dicen en las bienaventuranzas, es relatado en forma clásica por la anécdota del perro, gato y pericote, enemigos naturales, comiendo del mismo plato. Pero decir que fue pacífico no es lo mismo que decir que fue pasivo, especialmente en su lucha contra el mal, que es el pecado y la injusticia en el trato de los indefensos. Defendía a los esclavos que lo tenían como a un padre. Sin perder su acostumbrada calma, insistía que los frailes respetaran a los pocos derechos de esos maltratados.?

Por ser mulato, por ser ilegítimo, por ser un simple donado al convento, Fray Martín sufrió los insultos e injurias de sus hermanos. Efectivamente, no fue perseguido por su fe en Cristo por herejes o no creyentes pero sufrió una especie de martirio debido a las discriminaciones irraciona-

les de la sociedad limeña de esa época. Y no cabe duda que estaba siempre predispuesto a dar su vida para mantener su fidelidad a Cristo. Se ofreció, inclusive, para las misiones de Japón donde, sabemos, en esos tiempos, muchos misioneros fueron martirizados por la fe. Las palabras del último de las bienaventuranzas - Bienaventurados serán cuando los injurien y los persigan y digan todo mal contra ustedes por mi causa - reflejan la realidad de la vida diaria de uno que fue despreciado por los hombres por el color de su piel pero muy apreciado por Dios y los pobres.

Muchos de nosotros, sin duda, nos acercamos al santo moreno en forma muy interesada: queremos que nos haga un milagro. Pocos son los que se acercan para aprender de él como vivir radicalmente su vida cristiana. Martín no es un santo porque hace milagros; es santo porque supo amar a Dios y su prójimo en el espíritu de las bienaventuranzas, proclamadas por Jesús como criterio máximo de vida para los que quieren ser sus discípulos. Por eso decimos que su vida era una auténtica escenificación del evangelio.

Ser santo es difícil, pero no imposible. Se trata de buscar y encontrar, de tocar la puerta y pedir, de esperar y obtener. Se trata de ser verdaderamente humano - tierno con los pobres y sensible a su sufrimiento. A fin y al cabo, este es el criterio que Jesús ha dado para juzgarnos cuando nos toca rendir cuentas de nuestras vidas: «¡Vengan los bendecidos por mi Padre! Tomen posesión del reino que ha sido preparado para ustedes desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y ustedes me alimentaron, tuve sed y ustedes me dieron de beber; pasé como

forastero y ustedes me recibieron en su casa. Anduve sin ropas y me vistieron. Estaba enfermo y fueron a visitarme. Estuve en la cárcel y me fueron a ver» ¿Cuándo Señor hemos hecho todo esto? “Cuando lo hicieron con alguno de estos más pequeños, que son mis hermanos, lo hicieron conmigo.”

Al recordar, hoy día, al santo peruano, venerado en el mundo entero, a la luz de las bienaventuranzas, no podemos olvidar las palabras de Su Santidad, Juan XXIII, pronunciadas en la ceremonia de la canonización hace 32 años: «Martín nos demuestra con el ejemplo de su vida, que podemos llegar a la salvación y a la santidad por el camino que nos enseñó Cristo Jesús ... Ojalá que el ejemplo de Martín enseñe a muchos la dulzura y felicidad que se encuentra en el seguimiento de Jesucristo y en la sumisión a sus divinos mandatos.»

Honramos a Martín de Porres Velásquez, triplemente marginado por el mundo pero singularmente bendito por Dios. No nació santo pero terminó siéndolo. El amor al pobre fue el instrumento que utilizaba para llegar a su meta - a la unión con Dios. Como Jesús, pasó por el mundo haciendo el bien. Su entrega a los necesitados y marginados es una prueba viviente de la presencia del Dios de amor presente en nuestra historia; la Iglesia, por esto, lo ha proclamado Patrón de la Justicia Social. Nos sentimos seguros que este santo peruano no olvida en sus plegarias, ante el trono del Señor, el sufrimiento de su pueblo. Y, ojalá, que al pedir nuestro milagro de Martincito, nosotros tampoco olvidemos a los que sufren.

HOMILIA SOBRE EL AMOR A LOS POBRES

San Gregorio de Niza (Año 335-394)

Esta bella homilía, inspirada por el Espíritu Santo, es de hace 18 siglos; y nos demuestra el verdadero evangelio y sana doctrina de nuestro Señor Jesucristo, para honra y gloria de nuestro Dios Padre Yahveh:

...¿Para qué te sirve ayunar y no alimentar de carne tu cuerpo, si con tu maldad das buenas dentelladas a tu hermano? Y ¿qué ganas ante Dios de no comer de lo tuyo, si le arrebatas injustamente lo suyo al pobre?... Los cristianos han de tener la sensatez como guía, y el alma ha de huir de todo el daño que le pueda hacer la maldad. Porque, si nos abstenemos de carnes y de vino, pero nos hacemos culpables de faltas que nacen de nuestro propósito deliberado, os digo y os aseguro de antemano que no os van a servir de nada el agua y la dieta vegetariana, porque vuestro espíritu interior difiere de vuestra apariencia exterior...

En estos días ha llegado una multitud de desnudos y desamparados. Una muchedumbre de cautivos está llamando a las puertas de cada uno. No nos faltan forasteros y desterrados y por todas partes podemos ver manos que se nos tienden. La casa de estas gentes es el cielo raso. Su techo son los pórticos y las encrucijadas de los caminos y los rincones más desiertos de la plaza pública. Se albergan en los agujeros de las peñas, como si fueran murciélagos o lechuzas, visten harapos hechos jirones, sus cosechas son la voluntad de los que les alargan una limosna, su comida

lo que caiga de la mesa del primero que llegue, su bebida es la fuente pública, como para los animales, su vaso el cuenco de la mano, su despensa los pliegues del vestido si es que no está roto y deja escapar todo lo que se le eche. Su mesa son las rodillas encogidas, su lecho el santo suelo, su baño el río... Y llevan esa vida errante y agreste no porque así lo hayan querido desde el principio, sino por imposición de la desgracia y la necesidad.

Socórrelos con tu ayuno. Sé generoso con estos hermanos víctimas del infortunio. Dale al hambriento lo que quitas a tu vientre. Modera con sabia templanza dos pasiones que son contrarias entre sí: tu hambre y la de tu hermano... No consientas que otros socorran al que está cerca de ti y se lleven el tesoro que estaba guardado para ti. Abraza al afligido como al oro. Estrecha con tus brazos al enfermo como si de ello dependiera tu salud y la de tu mujer y tus hijos, de tus criados y de toda tu familia... No desprecies a esos que yacen tendidos como si no valieran nada. Considera quiénes son y descubrirás cuál es su dignidad: ellos nos representan la persona del Salvador.

Así es: porque el Señor, por su bondad, les prestó su propia persona a fin de que por ella conmuevan a los que son duros de corazón y enemigos de los pobres. Es lo que hacen los que son víctimas de la violencia: que muestran a sus atacantes la imagen del emperador, a fin de que, a la vista del que manda, se contengan esos delincuentes. Los pobres son los despenseros de los bienes que esperamos, los porteros del reino de los cielos, los que abren a los buenos y cierran a los malos e inhumanos. Ellos son,

a la vez, duros acusadores y excelentes defensores. Y defienden o acusan, no por lo que dicen, sino por el mero hecho de ser vistos por el Juez. Toda obra que se haga con ellos grita delante de Aquel que conoce los corazones, con voz más fuerte que un pregonero...

Dios es así: primero inventor de los beneficios y proveedor rico y compasivo a la vez de lo que necesitamos. Y nosotros, en cambio, y a pesar de que cada letra de la Escritura nos enseña a imitar a nuestro Señor y Creador, en cuanto pueda un mortal imitar lo bienaventurado e inmortal, nosotros lo dirigimos todo a nuestro propio goce, y destinamos unas cosas para nosotros y otras para nuestros herederos. Pero no tenemos ninguna cuenta con los desafortunados y ninguna preocupación bondadosa para con los pobres.

¡Qué crueldad! El hombre ve al hombre necesitado de pan, y privado del necesario calor que da el alimento, y ni le socorre de buena gana ni se le da nada de que se salve. Más bien lo desdeña como una planta frondosa que se agosta por pura falta de agua. Y eso que a él se le desbordan las riquezas de las que podría hacer derivar tantos canales para alivio de muchos. Porque así como la corriente de una sola fuente puede fecundar llanuras extensas de campo, así también la opulencia de una sola casa puede sacar de la miseria a muchedumbres de pobres. Sólo es preciso que no se interponga en ello un espíritu avaro y miserable, como una piedra que tapona la corriente...

¡Poned, pues, medida a vuestras necesidades vitales! No penséis que todo es vuestro. Que haya también una

parte para los pobres y amigos de Dios. Pues la verdad es que todo es de Dios, Padre universal. Y nosotros somos hermanos de un mismo linaje. Y los hermanos han de entrar por partes iguales en la herencia, si queremos ser justos. Y aunque uno o dos se apropiaran la mayor parte, por lo menos debe quedar algo para los otros. Pero si alguno quiere apoderarse de todo absolutamente, y excluye a sus hermanos aun de la tercera y cuarta parte, ese tal será un dictador tiránico, un bárbaro implacable, una fiera insaciable que quiere regalarse ella sola en el banquete. O mejor dicho: ese tal será más fiero que las fieras...

Y mientras hay todos esos lujos dentro de casa, ahí a la puerta están tendidos mil Lázaros. Unos, cubiertos de úlceras dolorosas, otros con los ojos arrancados, otros que gimen por la herida de sus pies. Pero gritan y no se les oye, pues lo impide el sonido de la orquesta y los coros de cantos espontáneos y el estrépito de las carcajadas. Pero si llegan a molestar un poco más en las puertas, salta de cualquier rincón un portero canallesco del amo cruel, y los echa a palos, o llama a los perros y los azota en las mismas heridas.

Y así, los amigos de Cristo tienen que marcharse, llevándose de propina insultos y golpes, y sin haber conseguido un pedazo de pan o un bocado de comida, ellos que son el resumen de los mandamientos. Y dentro, en esa morada de Mammón, unos vomitan la comida como naves sobre oleajes, y otros se duermen sobre la mesa junto a las copas mismas. Y en esa casa indecente se comete un doble pecado: uno por el hartazgo y la borrachera, y otro por el hambre de los pobres a quienes se ha arrojado de allí.

LOS NIÑOS ESPECIALES SON HIJOS HEREDEROS DE NUESTRO DIOS PADRE YAHVEH

«Escuchad, hermanos míos queridos: ¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?» (Stg 2:5)

Los cristianos y evangélicos protestantes, durante cinco siglos han demostrado ser hijos e hijas de Satanás, y seguirán demostrándolo, al denigrar y oponerse al bautismo de los niños.

Según la satánica doctrina protestante, a los niños sordomudos, ciegos, tetraplégicos, discapacitados mentales, a quienes no pueden aprender a leer y escribir, no debemos bautizarlos. ¿Acaso nuestros hermanitos no son hijos especiales de nuestro Dios Padre Yahveh?

Los protestantes hijos de Satanás durante cinco siglos han dicho que el bautismo de los niños en nuestra Santa Iglesia Católica es inválido, a pesar de que la Biblia de Jerusalén afirma que los niños son herederos de nuestro Dios Padre Yahveh. ¿Qué debemos hacer los hijos de Dios ante tanta ignorancia y maldad protestante?

Nuestro Dios Padre Yahveh nos dice lo que debemos hacer: *«Pues esta es la voluntad de Dios: que obrando el bien, cerréis la boca a los ignorantes insensatos. Obrad como hombres libres, y no como quienes hacen de la libertad un pretexto para la maldad, sino como siervos de Dios.» (1Pe 2:15-16)*

Nuestro Señor Jesucristo y nuestros hermanos santos y mártires, durante la era cristiana, en todo el mundo, nos han enseñado a amar y servir a nuestros hermanitos pobres y discapacitados, haciéndonos saber que así demostramos fielmente nuestro religioso amor y servicio a nuestro Dios Padre Yahveh.

Nuestro Señor Jesucristo dijo: *«Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos.» «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.»*

FÁBRICA DE EMPLEO CRISTIANO

Inspiración de Jesucristo

Con este libro solicitamos donativos para comprar un microbus destinado al transporte de los niños y niñas de la

ESCUELA DE EDUCACIÓN ESPECIAL

“DIVINA PROVIDENCIA”

y para la ampicación y equipamiento del edificio que construimos en la Colonia Santa Mónica de Santa Rosa de Lima

Rogamos depositar los donativos en la cuenta corriente

ASOCIACIÓN DE DESARROLLO COMUNAL

“VIDA Y ESPERANZA”

028-301-00000-2767

Citibank

Todos los donativos que recauden los religiosos trabajadores, voluntarios y colaboradores de la Fábrica de Empleo Cristiano, se destinarán a financiar obras sociales que beneficien a nuestros hermanos y hermanas especiales y pobres

Le invitamos a convertirse en religioso trabajador, voluntario y colaborador de la

FABRICA DE EMPLEO CRISTIANO

Av. Fernando Benítez

Santa Rosa de Lima, El Salvador, C.A.

Tel. 2641-2933 / 2664-2937

fabricadeempleo@gmail.com

www.amordecristo.net

**Hermanos religiosos católicos,
defendamos la verdadera fe de nuestro Señor Jesucristo,
dedicándonos a realizar obras de justicia y misericordia
que agraden a nuestro Dios Padre Yahveh
y que beneficien a nuestros hermanos pobres**

PROHIBIDA LA VENTA DE ESTE LIBRO